



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2018, **Manuel Revilla Peñaranda**

© 2018, de esta edición: **Nova Casa Editorial**

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Daniel García P.

Portada

Manuel Revilla Peñaranda

María Alejandra Domínguez

Maquetación

Daniela Alcalá

Impresión

QP Print

Revisión

Daniel García P.

Ilustración de portada

Amparo Madera Albors

Fotografía de solapa

Juan José García Fernández

Ilustraciones interiores

Manuel Revilla Peñaranda

Primera edición: mayo de 2018

Depósito Legal: B 11177-2018

ISBN: 978-84-17142-79-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Manuel Revilla Peñaranda

Valores y Reinos

Parte III



Nova Casa Editorial



A mis hermanas

A mis padres

*A todas las personas que en algún momento de la vida
se cruzaron conmigo y, para bien o para mal,
me hicieron ser como soy.*



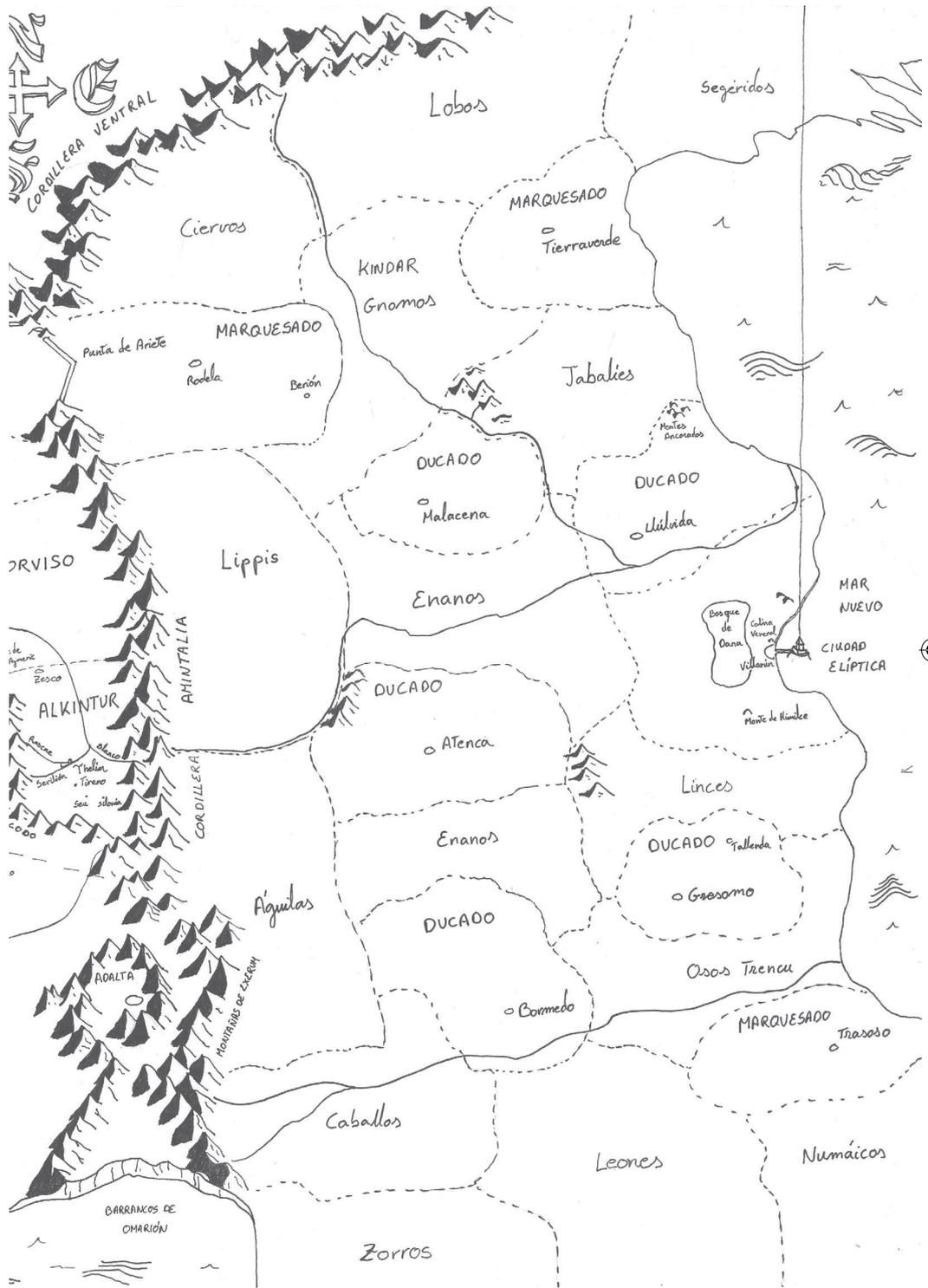
Índice

Parte III	13	82	161
66	15	83	169
67	27	84	181
68	33	85	197
69	41	86	207
70	51	87	215
71	57	88	225
72	65	89	233
73	73	90	241
74	83	91	251
75	89	92	257
76	97	93	265
77	109	94	275
78	119	95	287
79	125		
80	141	Lista de	
81	151	personajes	299



II







Parte III



66

La muchedumbre aclamaba su nombre a lo largo de la gran explanada, que separaba las dos inmensas columnas de la entrada a la ciudad. Algunos ya le conocían, pero la gran mayoría pudo poner cara al caballero negro que había logrado arrancar de las manos rebeldes la ciudad natal de su rey y aniquilar al segundo consejero de Branna, finalizando así el largo asedio de Khronia.

El pelo revuelto y rubio de Esteban ondeaba, mientras este cabalgaba a paso lento flanqueado por una decena de caballeros de la orden. Su cara irradiaba felicidad.

Jamás pensó que pudiera vivir este gran acontecimiento, cuando sus ojos quedaron atrapados en una profunda oscuridad y su cerebro perdió la sensibilidad de su cuerpo mientras pendía de la fuerte mano de Khron. El joven no pudo definir si se había desmayado o si su mente había sido transportada a otro lado, dejando abandonado su cuerpo. Le era imposible recordar el tiempo que estuvo así. Tan solo recordaba que se despertó de pronto en una de las estancias del castillo, sintiendo un fuerte dolor en el pecho.

Todavía recordaba cómo, aturdido, se había llevado la mano hacia la fuente de dolor y había percibido que ya no llevaba sus protecciones de soldado. Sus manos palparon directamente su torso a través de su raída camisola, que había sido rasgada por completo, dejándola inservible. Las yemas de sus dedos tan solo rozaron su pecho y unos fuertes pinchazos recorrieron su corazón. Gritó de dolor mientras su cuerpo se retorció sobre las losas de piedra donde había aparecido y, tan solo cuando minutos después se hubo calmado, se atrevió a inclinar la cabeza para ver qué le había ocurrido.

Cuando sus ojos se posaron sobre su pecho vieron una gran mancha negra que le cubría todo el pectoral, rodeada en todo su contorno por su enrojecida piel, cuyas venas se marcaban de tal manera que parecía fueran a reventar. Asustado se levantó de un salto y corrió hacia la ventana de la estancia para que la tenue luz del mediodía iluminase mejor su dolorido pecho. Cuando lo contempló e interpretó su significado, todo su cuerpo se estremeció y sus ojos no pudieron apartar la mirada de aquella mancha negra que le acompañaría ya para toda su vida. Aquella mancha negra era un tatuaje. Un tatuaje grabado en su pecho a base de aguja y fuego. La ceniza de alguna sustancia que no lograba identificar había sido introducida bajo su piel cubriéndole justamente el lugar donde se hallaba su corazón. Y a pesar de su dolor y su aturdimiento pudo contemplar, a la luz de la ventana, que sobre su corazón le habían grabado la mano oscura de Khron.

La herida del tatuaje permaneció abierta durante casi dos días, en los cuales unos terribles dolores recorrieron sus extremidades sumergiéndole en agudos gritos. Durante esos dos días estuvo encerrado en aquella estancia en la que fue alimentado y cuidado por los sirvientes del rey. Cuando los dolores

remitieron súbitamente, Esteban se encontraba arrollado sobre sí mismo en una esquina de la estancia, al límite de sus fuerzas. La lucha que sufrió en su cabeza fue casi más dolorosa que la que sufrió en su cuerpo. Algo en él había cambiado.

Cuando se levantó se encontró bien. Su tatuaje por fin se había integrado en su cuerpo y la piel de su alrededor comenzó paulatinamente a presentar mejor aspecto. El enrojecimiento se tornó nuevamente en un color rosado y sus venas volvieron a quedar ocultas bajo su piel. La mano de Khron ahora se veía perfectamente apoyada sobre su pecho. Los largos dedos de su mano diestra, que parecían hallarse enfundados en su guantelete, se mostraban estirados hacia el hombro siniestro cubriéndole casi todo el pecho, mientras que su palma se apoyaba en el esternón. Esteban volvió a tocar su tatuaje con temor, pero esta vez ningún dolor se apoderó de él. Tan solo su pecho y sus dedos se sintieron entre ellos.

De repente la puerta se abrió tras él y uno de los sirvientes entró.

—¡El rey quiere verte! —le dijo, y sin más explicación se dio la vuelta y salió dejando la puerta abierta.

Ante la premura de la orden, Esteban se preguntó si acaso aquel sirviente le habría estado observando para descubrir si moría de dolor con aquel tatuaje o no, y si tendría encomendada la misión de avisar al rey en cuanto diera señas de mejoría. Pero sin detenerse demasiado en sus pensamientos, salió corriendo detrás de él con la esperanza de no perderle de vista y perderse él mismo entre los largos pasillos del castillo.

El sirviente, vestido con una camisa roja y una sobrevesta negra sin mangas de fustán que le cubría casi todo el cuerpo para combatir el frío del palacio, andaba a paso ligero sobre sus zapatos escotados, agarrados al tobillo por una cinta

abotonada. Su ritmo hacía que Esteban le persiguiera aceleradamente, debiendo correr en tramos para no perderle al doblar las esquinas. Probablemente el sirviente se jugase un buen latigazo si no llevaba a Esteban pronto ante el rey. A medida que avanzaba, Esteban podía notar nítidamente la presencia del monarca.

Tras caminar un largo rato y subir dos plantas, el hombrecillo de paso apresurado se giró de pronto hacia el joven y estirando su brazo le mostró la estancia donde debía entrar, protegida por dos gruesos soldados provistos de una reluciente armadura de hierro. Uno de los soldados golpeó la puerta y tras abrirse ligeramente, apareció un mayordomo real que invitó a pasar al muchacho.

La estancia a la que entró dejó completamente boquiabierto a Esteban. De pronto se encontró en medio de una gran sala con enormes estanterías que sostenían innumerables legajos y pergaminos, así como centenares de libros. A un lado de la estancia, una docena de silenciosos copistas tocados con largas barbas movían con esmero sus plumas, duplicando o reparando los viejos libros de tapas de cuero que se asomaban por los laterales de sus pupitres reclinados.

El rey ni siquiera se dio la vuelta a la llegada de Esteban, sumergido como estaba en la lectura de un gran libro cuyas tapas mostraban cuatro robustos herrajes que podían ser cerrados dos a dos y bloqueados quizá con algún hechizo, impidiendo que ojos no autorizados viesen lo que no debieran ver.

El joven se postró ante él, sintiendo nuevamente un gran temor ante su presencia. Su corazón volvió a latir con fuerza mientras la negra armadura del rey reflejaba las titilantes llamas de decenas de lámparas colgadas del techo y la luz que entraba por las ventanas del fondo.

—Confiaba en que no murieses al recibir mi regalo —dijo Khron sin volverse.

Esteban sintió nuevamente cómo su voz se introducía dolorosamente en su interior.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Sí, mi señor —contestó el soldado.

—¡Me alegro! —exclamó Khron con un rugido—, porque lo portarás con orgullo toda tu vida.

Khron pasó la página que estaba leyendo.

—Con él podrás sentir la maravillosa fuerza de Serón.

El rey se dio la vuelta y clavó su mirada en el muchacho. Este la sintió a pesar de mantener su cabeza pegada al suelo.

—Has de reparar al reino los destrozos que causaste y solo tendrás una oportunidad —le dijo.

El muchacho se mantuvo inmóvil, esperando la orden de su rey.

—Las muertes que provocaste dentro de mi ciudad, las deberás provocar fuera ante nuestros enemigos.

El monarca hizo una pausa.

—¡Has de eliminar por completo las tropas rebeldes que mancillan con su sola presencia las tierras de Ribera de Shul! Solo así lograrás conservar tu vida.

Esteban abrió los ojos sorprendido, sin poder levantar la cabeza.

—Para ello pondré bajo tu cargo una mesnada de hombres, que te respetarán y seguirán como solo a un caballero negro se le respeta y se le sigue —Khron respiró resoplando fuertemente por la nariz—. ¡Desde hoy perteneces a la orden!

El rey miró a su mayordomo quien, abriendo una puerta oculta en la pared, hizo entrar a media docena de sirvientes que portaban sobre un armazón de madera las distintas piezas de

una reluciente armadura negra. El seco sonido que rebotó en las paredes tras dejar el pesado armazón en el suelo, hizo que Esteban dirigiera su mirada hacia allí.

Un peto de suaves curvas provisto con su espaldar, ambos delicadamente grabados con las agresivas fauces de lo que parecía ser una pantera, unas hombreras rematadas con unas afiladas garras, brazales, codales y antebrazos acompañados de manoplas de puntiagudos nudillos. Escarcela, quijotes, rodilleras y grebas rematadas por unos puntiagudos escarpes acerados y sobre ella una terrible celada de prominente visera ranurada rematada con una afilada cresta en la calva y bajo su barbote una decorada gola para proteger el cuello. A su lado, dos espadas cortas y una rodela con las mismas fauces que su peto.

—Esta será tu armadura a partir de hoy. Con ella irás al Este y con ella volverás vivo o muerto. Haz buen uso de ella porque al cogerla quedas en deuda con el reino. ¡Que ella te proteja bien!

Esteban quedó perplejo con la armadura, tratando de decir alguna palabra, mas no consiguió articular ninguna.

—Ahora irás con mi mayordomo al templo y en breve partirás.

El joven fue levantado del suelo de un fuerte tirón por dos de los sirvientes. Esteban trató de acercarse al rey para mostrar su agradecimiento, pero él extendió su mano para mantenerlo en la distancia.

—Aprovecha tu única oportunidad de pagar tu afrenta o...

El rey extendió su mano diestra y cerró repentinamente el puño.

—Ya no volveré a perderte nunca más —sentenció.

Esteban trató de tragar saliva, pero no pudo. Su mente volvió a sentir la fría mano de Khron apretándole la garganta y

quitándole la vida poco a poco. Su recuerdo jamás se borraría con el perenne tatuaje que llevaba sobre su corazón. Y entendió que el rey lo activaría ante el menor indicio de traición.

Esteban comenzó a caminar acompañado por los sirvientes, quienes portaron nuevamente la armadura con ellos, y se dirigió tras el mayordomo al templo de los caballeros negros.

El joven ni siquiera lo notó, pero el rey percibió cómo había mirado de refulón el libro que él estaba leyendo y comprendió inmediatamente que el muchacho había tratado inconscientemente de reconocer sus letras. Tan solo un humano que supiese leer habría hecho ese gesto. El rey volvió a mirar a Esteban antes de que saliese por la puerta y siguió con su lectura.

La ancha vía de piedra hacia Khronia estaba todavía dañada por los intensos ataques que había recibido la horda rebelde en su intento de conquistar la capital del reino. Profundos desplomes de la calzada, corrimientos de la base de cimentación e innumerables piedras rotas y saltadas de su sitio, obligaban a la exultante mesnada liderada por los caballeros negros a serpen-tear por el camino.

Los habitantes de la capital y de las aldeas cercanas se habían acercado a la gran explanada para saludar y agradecer a los soldados que la amenaza orca, que les había acechado durante tanto tiempo, hubiera desaparecido.

Miles de orcos adornaban con sus putrefactos cuerpos el camino a la capital, habiendo servido de festín para incontables animales carroñeros que dieron buena cuenta de ellos. De hecho, todavía se podían ver decenas de buitres que, incapaces de levantar el vuelo con el estómago lleno, observaban desde la distancia la llegada de los soldados.

La explanada llegó a estar tan saturada de cuerpos que finalmente se había tomado la decisión de quemar en grandes piras

a los sobrantes, para que la capital no quedase infestada de gusanos y de insectos. El coste de la batalla había sido terrible y, más aún, para los orcos fieles al reino, que llegaron a ser perseguidos y ajusticiados por los ciudadanos humanos sin que el rey llegase a poner objeción alguna. Muchos tuvieron que huir de la ciudad, siendo detenidos por las sombras antes de salir de sus límites y examinados a través de sus ojos para detectar cualquier signo de rebeldía.

Malos tiempos para ser un orco, fuese cual fuese la tribu a la que pertenecieras y más, después de saberse que el propio ministro pesquisidor yacía sin cabeza en el vertedero del castillo por traición. Las noticias de esa relevancia no tardaban en volar por la ciudad en cuanto sucedían, alimentándose de sórdidos detalles reales o inventados por el boca a boca, causando alegría o repulsión dependiendo a quién llegasen, pero también tristeza y llanto; que fue lo que invadió a Zione nada más saberlo.

Su nombre no llegó a estar en boca de todos, acompañando la noticia de la muerte del ministro y eso la hacía pensar que Óscar mantuvo su secreto, a pesar de las torturas que recibiera. La profunda tristeza que sintió la dominadora de dragones no se pudo comparar en intensidad a ningún sentimiento que hubiera tenido antes, pues estaba segura de que las sensaciones que aquel orco le habían provocado, jamás podrían ser repetidas por otro ser. Durante unos días se refugió en su alcoba de la escuela y allí lloró amargamente por su amado sin ser vista, ocultando de esa manera cualquier signo que pudiera ser entendido como una debilidad. Sus dragones fueron vistos volando en los confines del reino, libres de hacer lo que quisieran durante los días que ella estuvo desahogándose. Pero junto con la noticia de la sentencia de Óscar, también le llegó la noticia, ensalzada poco después como la heroica historia de un

joven soldado que había comenzado las revueltas contra los orcos, desbaratando sus planes e impidiendo con ello que la traición de los durganos hubiera acabado con la caída de la ciudad. Él había sido el que había movilizado a los fanáticos a ir contra todo hereje de sus creencias. Él había llevado a aquella turba de estúpidos humanos hasta la casa donde se encontraban. Y él debería ser quien pagase por ello.

Aquella mañana en la que las murallas de la ciudad volvían a estar repletas de humanos jaleando a las tropas reales y a los caballeros negros, Zione se propuso ejecutar su plan.

Sin la necesidad de usar a sus dragones para ello, se colocó en una de las torres de flanqueo cercanas a la puerta de entrada, debiendo constantemente empujar a la multitud y golpearla con sus codos, para mantener su privilegiada posición y ver llegar a la decena de caballeros negros con Esteban a la cabeza.

Ella pretendía introducirse en la cabeza del joven de una manera súbita, desorganizarle la mente, volverle loco, descompasar sus funciones vitales interrumpiendo la actividad de su cerebro, y que cayese de su caballo envuelto en dolorosas y duras convulsiones, escupiendo babas por la boca. Y todo ello delante de las puertas de Khronia. Pero para ejecutar su plan debía ser muy rápida y estar a la distancia adecuada. No quería que su penetración en la cabeza de Esteban fuese detectada por los otros dominadores que se hallaban entre la multitud, o que el uso de su magia fuese detectado por los nigromantes. Debía realizarlo todo en menos tiempo del que se tardase en pestañear.

Los jinetes se aproximaron a la gran puerta siempre abierta para recibir a los perdidos, que esta vez recibía a los héroes de su salvación. El rey observaba su entrada desde los balcones superiores de su castillo haciendo sentir a los seres más sensibles su presencia.



Tan pronto como se acercaron, decenas de soldados ubicados en los laterales de la vía elevaron sus trompetas, al tiempo que los caballeros pasaban por el centro. Una estremecedora canción salió de aquellos instrumentos musicales, al tiempo que decenas de tamborileros comenzaron a golpear sus tambores haciéndolos resonar contra la muralla. La gente comenzó a gritar de éxtasis al ver acercarse al grupo de caballeros negros con sus briosos caballos de batalla tocados con sus impresionantes bardas y luciendo sobre sus testeras imposibles cuernos retorcidos. Los caballeros portaban sus celadas y yelmos todavía puestos, impasibles ante el júbilo del pueblo, mientras que Esteban, habiendo colocado su celada sobre el cuerno de su horquilla, disfrutaba sonriente del momento.



Esa muestra de vanidad le ofrecía a Zione una ventaja adicional. Aquel muchacho con el que disfrutó se había convertido en su mayor enemigo. Todo el amor que hubiera podido sentir por él se había convertido en el más amargo odio y sus ganas de que muriera superaban con creces las ganas que en su día tuvo por verle vivo. Zione se preparó asomándose por uno de los merlones de la torre. La multitud se apretaba contra ella deseando ver a los caballeros y no dejaban de empujarla y de gritar a su alrededor.



De pronto el joven se puso de pie sobre sus estribos y, cogiendo de sus empuñaduras las dos espadas que llevaba atadas a las anillas laterales del faldoncillo de su silla, las blandió en el aire, cruzándolas entre sí y gritó dirigiendo su mirada al castillo:

—¡Khronia! ¡Por ti mi vida he de dar!

Aquel enérgico grito hizo que la muchedumbre fuera poseída por un gran frenesí y uniendo sus voces bajo un mismo grito, comenzó a jalearse por encima de la música su nombre.



—¡Esteban! ¡Esteban! ¡Esteban! —gritaron al unísono miles de hombres y mujeres.

El vigor del joven caballero negro; su fuerte cuerpo sobre el que brillaba una armadura bañada con la sangre de los rebeldes; su mirada desafiante de ojos azules; el toque de indisciplina en comparación con sus compañeros de orden, aplacado bajo el juramento de fidelidad que acababa de hacer delante de los ciudadanos de la capital: la combinación de todo ello deslumbró a todos y cada uno de los presentes, incluida Zione, quien, perpleja por el poder que había logrado atraer hacia sí mismo el joven Esteban, quedó también abrumada y sin capacidad de reacción. Tan solo cuando logró volver a recordar el motivo por el que estaba allí, se dio cuenta de que los caballeros negros hacía tiempo que se habían adentrado en la ciudad, quedando ocultos a sus ojos.



67

El verano y otoño que se sucedieron tras la derrota de los consejeros durganos, apenas será posible borrarlos de la historia de la raza orca.

La hueste real, asentada en la ciudad costera de Eremitag y desde la que fue reconquistando casi la totalidad de las aldeas litorales, gracias al apoyo de la flota de barcos traída del Norte, al tiempo que hostigaba a la ciudad de Branna defendida por Ougty y el resto de consejeros, recibió el apoyo de las fuerzas supervivientes al asedio de Khronia, comenzando así su terrible empuje final hacia el Este.

El rey consideró que las pruebas a las que habían sido sometidos sus dragones eran más que suficientes para demostrar que aquellas bestias podían combatir en el mismo campo de batalla que sus soldados de a pie, sin que por ello las encontrasen como su mayor amenaza. Casi la completa totalidad de los dominadores de dragones fueron ordenados a integrarse en las mesnadas de los condes y a seguir sus órdenes como generales que eran de sus huestes.

La batalla que tuvo lugar en Branna fue de las más despiadadas que se hubiera vivido hasta entonces, donde unos



humanos en inferioridad numérica, pero ayudados por las terribles bestias al servicio del rey, machacaron la capital orca durante día y noche sin descanso hasta acabar con la totalidad de su población. Ninguna piedra quedó en pie perteneciente al castillo del líder durgano, convertido en una inmensa montaña de escombros.

Se decía que las aguas del río Zhil-Otog que dividían la ciudad en dos, llegaron a evaporarse, dejando el caudal seco ante las altas temperaturas que se llegaron a alcanzar por efecto de las llamaradas de dragón. Los diversos niveles de la ciudad se fueron tomando al revés de lo que siempre pensaron los orcos: de arriba abajo. Comenzar su ataque con todas las bestias aladas con las que contaba el reino, cayendo sobre el castillo desde el Norte, cogió desprevenidos a los orcos que se habían dedicado a levantar poderosas defensas orientadas al Sur. Los soldados reales fueron transportados al castillo mediante jaulas de madera que, tras ser cogidas entre las garras de los dragones, eran depositadas sobre el humeante y ennegrecido suelo, liberando a dos docenas de guerreros por jaula.

La agresividad de los soldados humanos nunca fue inferior a la agresividad que por naturaleza presentaban los orcos y los actos de crueldad que allí se cometieron no hicieron más que extender la idea de que el reino había vuelto a resurgir con gran fuerza. Las oleadas de magia negra que se enviaban desde Khronia hacia el Sur se podían sentir nítidamente desde distintos lugares del reino como alteraciones en el ambiente. Siempre que Serón se elevaba en el cielo, deleitándose con las guerras ofrecidas a su nombre, las oleadas de magia se sucedían y el fervor y la fuerza de las tropas reales se restablecían, no pareciendo necesitar descanso.



El conde Galberto fue el primero en pisar las ruinas del castillo, clavando el estandarte del reino en lo alto del valle para que ondease a la vista de todos. Su cara pudo por fin reflejar la satisfacción de sentirse vengado ante el ataque a Isiri-Isi y no contento todavía con eso, mandó mover inmensas piedras derruidas del castillo, para desenterrar el cuerpo de Ougt atrapado entre los escombros y podérselo llevar con él como trofeo, para mostrarlo a todos aquellos líderes orcos que se encontrasen en su camino.

La totalidad de los edificios de Branna, sus casas, sus herrerías, sus graneros, sus armerías, sus tiendas, sus talleres, todo, fue saqueado y destruido. Ancianos y niños que no pudieron huir sucumbieron también ante aquella demostración de fuerza. El nivel de destrucción de aquella ciudad sería la prueba ante el resto de especies de la gran fuerza y poder de aquellos que la llevaron a cabo. Aquella señal debería perdurar durante muchos años para que todos la tuviesen presente en sus mentes y en las de generaciones venideras.

La destrucción de la capital durgana provocó la huida de un gran número de orcos que, sin otro sitio a dónde dirigirse, avanzaron hacia el Este dejando completamente despoblado el Oeste de Orgul-Dur. Aquella tremenda movilización de seres hizo que los haces se tuvieran que unir y replegar al Norte de la ciudad de Lenibrí, desbordados por el gran número de ciudadanos y soldados que huyeron. La propia ciudad de los grunchis quedó completamente arrasada tras el paso de la marabunta de orcos en su camino hacia oriente, expoliada de todo ropaje y alimento ante el inminente invierno. Durante esos meses, se le encomendó a los haces que atacasen sin contemplaciones las retaguardias de los grupos de orcos que huían, para impedir así su agrupamiento y facilitar el avance de la

hueste real, evitando enfrentamientos de desgaste y con ello interrupciones tanto en la liberación de las aldeas de tribus afines como en la destrucción de las aldeas rebeldes.

La peligrosa situación de los haces hizo que todos sus integrantes tuvieran que redoblar esfuerzos y precauciones a pesar de tener ya de por sí un exigente nivel de ambos en su cotidianidad. Esto, además, se unía a que ningún haz contaba desde hacía tiempo con el número completo de integrantes, ante la escasez de soldados humanos en el reino y que en los mejores casos debían de subsistir con la mitad.

Reo se había convertido en un ser despiadado, que ofrecía cada día lo mejor de sus conocimientos y sus agilidades en la lucha. Parco en palabras y agresivo en sus actos, calculaba siempre la estrategia idónea para enfrentarse a cada nueva misión contra los orcos. El recuerdo de sus hermanos tuvo que desaparecer pronto ante una situación tan hostil. Solo pensar en ellos le hacía desconcentrarse y por tanto debilitarse, poniendo en riesgo su vida. Sus únicos compañeros eran los necromantes y su capitán Witiza, quien no dejaba de observar la fiereza del único soldado que quedaba del haz vigesimoprimerro, tal y como se lo encontró la primera vez ante la presa orca.

Reo nunca lloró por sus hermanos, a pesar de haberse hecho a la idea de que todos pudieran estar ya muertos. Dudaba que Roque hubiera llegado muy lejos en su camino a Thelín infestado de orcos y fuggers y dudaba de que Bertrán hubiera alcanzado el lugar al que huyó con su puta, tras ser declarado desertor de las huestes del rey y repudiado por el resto de sus compañeros, quedando bajo pena de muerte si era encontrado.

No solo esas noticias afectaban a su familia, sino las que comenzaron a llegar del Este y de cómo la cordillera Amintalia retenía a los orcos que llegaban hasta ella, acumulándolos y



aumentando la presión de aquellos territorios. Se oían noticias de que los orcos huidos comenzaban a ascender por el Norte buscando una salida llegando a los límites del condado de Alkintur, al que pertenecía Thelín, sin que estuviese allí Aelfrico para defenderlo con sus tropas, formando parte, como estaba, de la gran hueste que azotaba el Oeste.

La espiral de combates, luchas y enfrentamientos, acompañada siempre de grandes desgracias no parecía tener fin y Reo solo podía hacer una cosa para salir de allí: superar el camino de lucha a la que Khron les había llevado, adaptando su cuerpo y su mente a todas las adversidades que pudiera encontrarse, rompiendo cada día sus límites y siendo el más fuerte, el más rápido, el más violento y el más oscuro de todo aquel contra el que se enfrentase.





El virrey observaba el papel que tenía delante sin verlo. Sus ojos seguían las líneas de tinta que lo recorrían incapaces de concentrarse en identificar las letras que formaban. Todavía no podía explicarse cómo habían cambiado tanto las cosas en tan poco tiempo y no precisamente para bien.

Greg había visto con impotencia cómo el rey ordenaba matar a su ministro pesquisidor Óscar que tanto tiempo y esfuerzo le había costado educar, no siendo las inculpaciones que se le atribuían, directas de las acciones tomadas por él.

El virrey se rascaba su pelada cabeza sin poder entender cómo Khron había permitido que el joven humano Esteban fuera ensalzado como libertador de la ciudad si, debido a su enfrentamiento con los orcos, se habían perdido centenares de valiosas vidas y se había desatendido la muralla de la ciudad justo en el momento en que más se necesitaba, dejando que el ministro cargase con toda la culpa de su acción.

Aquel desgraciado orco de costumbres y apariencia casi humana, en el que nunca habían llegado a confiar tanto unos como otros, a pesar de haber desarrollado un impecable servicio para el reino durante toda su vida, había muerto humillado

y sin honor, dejando al que fuese su mentor con un gran vacío en su interior.

Greg creía saber encontrar indicios de traición al reino en aquellas criaturas a las que observaba, pero nunca percibió eso en Óscar, al que confió poder llevar con éxito su cargo como ministro. Quizá solo fue culpable de dejarse llevar por sus jóvenes instintos. Un ser que no pudo tender puentes entre las dos especies pese a intentarlo, ganándose solo a cambio multitud de enemigos por ello.

El brazo diestro del virrey había sido cercenado por el mismísimo rey, designando como ministro pesquisidor a un caballero negro muy ducho en números y en leyes. Eligiendo esta vez para el ministerio a un humano.

También Greg había observado con horror cómo el rey había permitido que los orcos de Khronia fuesen perseguidos y aniquilados, impidiendo el acceso al castillo de varias familias nobles que solicitaron su asilo, a pesar de que estas habían permanecido siempre cercanas a la corona, permitiéndoles tan solo como gracia abandonar la ciudad libremente, en caso de querer hacerlo.

Coincidiendo con la reconquista de los territorios antes dominados por los rebeldes, los orcos fueron invitados a dejar la capital, quedando poco a poco otra vez bajo el dominio exclusivo de los humanos.

Las peores amenazas que hubiera podido mencionar Greg cuando intentó impedir que las tribus orcas se unieran a la rebelión, quedaron cortas ante la asolación que la hueste real realizó en los territorios de Orgul-Dur, eliminando de la faz de Isi a tribus enteras y borrando para siempre sus asentamientos. Khron arrasó la ciudad de Branna, levantada sobre los territorios que habían visto nacer a los primeros orcos y no dudó

en derribar las primitivas construcciones de roca que erigieron sus ancestros hace miles de años, eliminando con ello su historia. El sueño de recuperar los orígenes de la especie orca acababa finalmente en un gran baño de sangre, donde miles de seres habían muerto y en el que los supervivientes rebeldes se estrellaban contra la cordillera Amintalia, donde tenía previsto el rey acabar con ellos de una vez por todas.

Los peores presagios sobre la raza orca se convertían cada día en realidad, perdiendo con cada derrota la supremacía de la que un día gozasen y que tardarían generaciones en recuperar, dependientes ya siempre de que otras especies se la volvieron a permitir.

La única resistencia que ofrecían los orcos al reino, era gracias a las poderosas armas que parecían haber salido de la nada y con las que eran capaces de frenar tibiamente los ataques de la aplastante hueste real.

El virrey se separó de su pupitre y se frotó sus cansados ojos con sus gruesos dedos manchados de tinta seca. En ningún lado quedaría escrito que la defensa de Khronia la soportaron durante muchos meses los orcos durganos. Y la gente pronto olvidaría que fueron los durganos fieles al reino los que tuvieron que combatir en aquella explanada contra sus propios hermanos, cubriéndola con sus cadáveres para defender al rey humano. ¿Acaso no sería ese un plan premeditado por Khron para desgastar y debilitar así a la raza orca?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Greg y, aturdido, silbó para llamar a sus perros. Sentía que necesitaba tomar aire y despejarse un poco y subiéndose a su cuadriga tiró de las riendas, poniendo rumbo a los patios traseros del castillo.

Pero a pesar de respirar el fresco aire que recorría las montañas Finales a comienzos del invierno, su cabeza no dejó de dar vueltas a lo que se había preguntado antes.

Qué los orcos protegieran Khronia ¿no había sido una manera de tener a un gran número de ellos cerca? La cercanía aseguraba a Khron un mayor control sobre ellos.

¿No habría provocado Khron la mayor lucha entre orcos que jamás se hubiera visto hasta el momento a las puertas de su ciudad, con el fin de que cayera la desgracia sobre ellos, iniciando así la decadencia de la raza? Y lo que era no menos importante, ¿qué sentido tuvo enfrentar a orcos de la misma tribu, sino generar un gran sufrimiento? ¿Acaso fue utilizado por el rey humano aquel dolor que intencionadamente provocó?

Bien era cierto que a partir de la victoria sobre los orcos rebeldes en su ciudad, Khron había logrado controlar un inmenso poder entregado por Serón y que con él azuzaba a sus tropas al combate. Sus oleadas de energía les aumentaban su odio y su rabia y esos sentimientos les potenciaban sus fuerzas para luchar, sin poder ser aplacados.

El virrey entendió que Khron quería provocar odio el día del ataque rebelde, cuanto más mejor. Y se había enfadado mucho con Esteban confiriéndole una deuda con el reino por las muertes provocadas, pero no por las muertes en sí, sino porque aquella noche un orco muerto era un orco que ya no odiaba, y eso era lo que iba en contra de los deseos de Khron. La muerte de los orcos estaba planificada, pero no sin antes haberse entregado a la lucha fratricida entre durganos con todo su odio y con toda su rabia. ¿No había sido premiado Esteban a su regreso a la capital por haber acabado con la facción rebelde o quizá fue por haber odiado siempre a los orcos y matar o conseguir que mataran a centenares de ellos?

Greg no sabía cómo unir definitivamente sus pensamientos, pero empezaba a ver una pequeña relación entre todo lo

que había ocurrido en los últimos meses y ello le generaba una fuerte sensación de vértigo.

¿Había sido su raza utilizada para cumplir los deseos del humano? Greg siempre pensó que el reino representaba unos sólidos valores de integración, donde todas las criaturas encontraban una fuerte unión hacia unos valores comunes. Solo debía gobernar el que mejor estuviera capacitado para hacerlo, solo lideraría unas tropas el mejor general que hubiese, solo montaría herraduras el mejor herrero, solo elaboraría pan el mejor panadero, con independencia de su origen y su familia. Solo los mejores llegarían a liderar el Oeste, solo los más fuertes y los más inteligentes. Pero ¿qué pasaba si en todo este tiempo el rey siempre hubiera pensado que los humanos solo eran la única especie fuerte? ¿Qué los humanos fuesen mejores a cualquier otra especie? ¿No llevaría eso más que a la subordinación de cualquier criatura bajo el puño humano, a pesar de seguirlos ciegamente? El rey era el único que designaba a sus ministros, a sus caballeros, a los condes y a muchos de los señores, pero la inclusión de otras especies en su jerarquía siempre había sido puntual y efímera. ¿Llegarían a tener algún peso en el reino los supervivientes orcos que se habían mantenido fieles, a pesar del sacrificio realizado ante su raza?

Greg se bajó de su carro y se arrastró con sus brazos por el patio dejando marcado en el polvo la señal de sus piernas inmóviles. Su respiración se condensaba a la salida de su nariz y su boca provocando livianas cortinas de vaho que ascendían rápidamente disipándose en la noche.

«¿Y si todo este tiempo hubiera estado equivocado? ¿Y si hubiera debido elegir el otro bando?»

Greg se sorprendió a sí mismo pensando en ello y rápidamente miró hacia el castillo, asustado por si alguien hubiera

escuchado, no sus palabras, sino sus pensamientos. Atrevidos pensamientos que rozaban la traición, pero que no podía sacar de su cabeza.

El virrey siempre había deseado lo mejor para su raza, que esta aumentase su fuerza y posición entre otras especies y dejase de ser considerada como raza inferior. Quiso que los orcos se educasen bajo las leyes humanas y colaboró en todo lo que pudo para poner al alcance de la mano orca todos los medios con los que contaba el reino. Creía haberse aprovechado de los humanos, pero ahora se daba cuenta de que siempre había sido al revés. Ellos siempre dominaron la situación. Efectivamente, los orcos ayudaron a los humanos a volver a recuperarse del valle de población por el que pasaron debido a la locura humana que les afectó y de la que los orcos se podían haber aprovechado. Pero no fue así, ellos hicieron el trabajo duro, sucio, convencidos de seguir a un líder que les apreciaba y ahora lo lamentaban. La raza orca volvía a empequeñecerse por haberse estancado en sus orígenes, frente a la rápida evolución de los humanos del reino, siempre ávidos de aprender y de utilizar nuevos metales, nuevos mecanismos, nuevas magias, llegando incluso a destruir sus gloriosas invenciones de utilidad comprobada, para que fuesen sustituidas por otras nuevas, que debían volver a ser probadas arriesgándose al fracaso, en un ciclo de creación y destrucción sin fin.

Pero los humanos nunca estuvieron solos en su camino. Las criaturas oscuras prefirieron ser guiadas por el rey humano, seducidas por su inmenso poder y su continua escalada de enfrentamientos contra todos, antes que seguir la primitiva vida que les ofrecían los orcos. Por eso no encontraron aliados en esta guerra.

Los humanos del reino habían logrado dominar aquel poderoso sentimiento al que llamaban en los reinos del Este la maldad, que no era otra cosa que la férrea voluntad de evolucionar en su beneficio a costa de cualquier cosa y del que Greg se daba cuenta ahora, de que su raza no estaba preparada para enfrentarse. Nunca lo estuvo. Los orcos solos no serían capaces de lograr frenar el impetuoso deseo de los humanos de ser superiores a cualquier otra especie.

Y durante toda su vida, él los había ayudado a conseguirlo.

Greg se acercó a los límites del patio desde donde se podía vislumbrar la imponente figura de las escarpadas montañas Finales eternamente nevadas en sus cimas. Aquellas montañas separadas del patio por un gran precipicio entre ellas y el montículo sobre el que se apoyaba el lado meridional del castillo. Greg se asomó y observó la negrura del precipicio cuyo fondo no se veía. Su cerebro bullía de preguntas sin respuesta.

A pesar de volver tullido de sus negociaciones con los rebeldes, él siempre había confiado en Khron. Él volvió a resurgir de la profunda depresión en la que había caído, para ofrecer nuevamente a su señor el trabajo que un día le juró realizar hasta la muerte. Los dolores que sentía en sus extremidades y los ataques que de vez en cuando le bloqueaban la totalidad del cuerpo eran más llevaderos sabiendo que estaba haciendo bien su trabajo. Ya no sabía hacer otra cosa. A pesar de cualquier duda que le asaltase la cabeza, Greg estaba seguro de que jamás traicionaría al rey humano mientras estuviera vivo.

El virrey respiró profundamente y volvió a dirigir su mirada a la negrura del abismo.



69

Los crudos fríos del invierno aterían a los ciudadanos de Khronia en sus trayectos por las calles de piedra. El castañear de dientes se oía a pesar de las capuchas de cuero y las bufandas de lana con las que se protegían, sin poder evitar el tiritar de sus mandíbulas.

Todo aquel que no tuviera o pudiera ir a trabajar debido a las bajas temperaturas, se hallaba haciendo vida social en las tabernas de la capital, donde el vino calentaba los cuerpos y las lenguas de los hombres y las mujeres. Las tabernas solían competir entre ellas por ver quién tenía en su bodega el mayor barril de vino de la capital y cada año los carpinteros tenían que esforzarse en fabricar enormes duelas de roble, unidas entre sí por robustos zunchos de hierro que contuviesen los miles de litros de vino que serían consumidos a lo largo del año por los habitantes de la capital, sobre todo en invierno. Gruesas vigas de madera apoyadas en los laterales debían soportar el peso de aquellos grandes toneles, impidiendo que echasen a rodar por las pendientes de la ciudad, como en una ocasión había ocurrido hacía ya un par de siglos. Y a pesar de que aquel accidente ocasionase varias víctimas, nada impidió que desde ese año se

hiciese un concurso entre los taberneros en el cual debían dejar rodar un barril por una ladera, ganando el que llegase más lejos sin que se rompiera y sin derramar por tanto ni una sola gota de su precioso contenido. El vencedor, además de llevarse a su taberna a todos los asistentes del concurso, les ofrecía además una copa del barril ganador, diciéndose que aquel vino mareado conseguía vigorizar tanto a hombres como a mujeres llevándoles a pasar la mejor noche salvaje que recordaran. Por tanto, aquella tarde, ni dentro de la taberna de Avito ni en muchas de las calles de alrededor cabía un alfiler, agolpados como estaban todos los ciudadanos a su alrededor, ansiando probar su deliciosa bebida de uva fermentada.

Hacía dos semanas que Reo había llegado a la capital, tras casi cuatro años desde que partiera de Thelín con sus hermanos. Un largo tiempo durante el que habían ocurrido muchas cosas, en lo que parecía iba a ser un simple trayecto desde su aldea natal hasta allí. Quizá fue de los pocos que apenas se impresionó al pasar por entre las dos columnas que flanqueaban la gran vía de entrada a la ciudad, ni de caminar por la explanada sobre la que se decía habían ocurrido terribles matanzas. Tampoco se sintió amedrentado de pasar bajo el gran arco cuyas puertas siempre permanecían abiertas, invitando a entrar a todo aquel que allí llegase. Sin duda él había visto ya demasiadas cosas y había padecido demasiados pesares para que su corazón se estremeciera ante un puñado de huesos y de piedras.

Su venida a la ciudad tenía un objetivo y era presentarse ante el rey, quien había ordenado su asistencia. Por lo visto el evidente éxito que había mantenido el haz estandarte gracias a su actuación, acompañado de los exultantes comentarios que había hecho de él el nigromante Witiza, habían llamado la atención del rey, quien pedía conocerle. Mas habiéndose

presentado puntual al requerimiento del monarca, este no había podido atenderle por hallarse ausente durante varias semanas. Así que Reo utilizaba ese tiempo para recorrer la ciudad por la que tanto había luchado y por la que tantas vidas había visto perder.

La llegada de Reo a la ciudad no había pasado desapercibida para sus ciudadanos, pues sus ropajes hechos a base de jirones de diversas pieles que le protegían su cuerpo, incluidas las bandas de brillantes escamas de cocodrilo que recorrían sus piernas y las largas barbas negras que se entremezclaban con sus largos cabellos enmarañados, no hicieron más que atraer la atención de aquel con el que se cruzara. Su morena y curtida piel apenas visible más que en su cara, apenas quedaba a la vista con sus pobladas cejas, bajo las que se intuían dos oscuros ojos semicerrados, pero obsesivamente atentos a todo.

A pesar de haber querido pasar desapercibido en la ciudad, un grupo de soldados reales le reconoció como uno de los integrantes del haz vigesimoprimerero y héroe de la defensa de Isiri-Isi. Y su nombre recorrió rápidamente las calles cercanas a la muralla donde pasaban el tiempo las tropas. La fama y la gloria de la que gozaban los soldados de los haces y en especial del haz estandarte, hicieron que Reo fuera inmediatamente rodeado de curiosos que querían ver de cerca a uno de sus miembros.

El haz vigesimoprimerero era adorado por los vasallos del reino, y sus integrantes queridos por los niños, envidiados por los hombres y amados por las mujeres, debido a la gran cantidad de victorias ofrecidas al reino sin que se conociera derrota alguna. Durante días, Reo fue abordado por innumerables invitaciones a comida y bebida por parte de los agradecidos ciudadanos de Khronia, y desbordado de ofrecimientos de fornicio por parte de decenas de mujeres tremendamente deseosas de

yacer con aquel hombre tan rudo y gallardo a la vez. Y es que saber que pertenecía al glorioso haz estandarte hacía que la atención de estas se acentuase y su atracción hacia él se hiciera incontrolable. Así que Reo gozó de los placeres que le ofrecían las mujeres de Khronia, de sus suaves cuerpos y pronunciadas curvas, ya fueran rubias, morenas o pelirrojas, de piel tostada o blanca, de labios finos o carnosos, de ojos claros u oscuros, plebeyas o damas, desposadas o doncellas.

Quizá fuera esta una dulce recompensa a todo su sufrimiento, pues no podía existir mejor recompensa que esa para un hombre que había dormido cientos de días al raso, apoyado sobre piedras, arena y barro, aterido de frío o angustiado de calor, envuelto en ruidos nocturnos que producían su despertar y sombras que le impedían conciliar el sueño, mientras se veía rodeado de criaturas y bestias cuyo único placer era matar, ya fueran fieles o rebeldes. El cuerpo cicatrizado de Reo y la profundidad de sus ojos oscuros hablaban sin palabras de los duros combates y las situaciones tan extremas que había vivido, dejando asombradas a sus compañeras de lecho que recorrían con sus dedos juguetones las cicatrices que recorrían su fibroso cuerpo, ávidas porque les contara los misterios de Orgul-Dur y sus peligrosas misiones. Mas Reo nunca se avenía a sus ruegos y mirándolas con una turbadora sonrisa se abalanzaba sobre ellas para colmarlas en otros deseos. Y así pasó sus días entregado a los placeres carnales, al vino y a la comida, dejándose llevar por las mujeres, hasta que acabó en la taberna de Avito el día en que ganó el concurso de distancia con su barril.

El tabernero había tratado de estirar el contenido de su barril ganador todo lo que pudo, seleccionando a sus clientes predilectos para que lo probasen. Desde el mediodía, momento en el que se había realizado el concurso, ya casi había vaciado



el gran tonel que tenía en su bodega a base de verter su contenido en cientos y cientos de vasos y copas para saciar la terrible sed de los habitantes de Khronia. El otoño había sido bueno en la vendimia, pues era el primero después de dos años en los que los orcos no habían estado acechando los campos y a los campesinos. Así que a finales de primavera todavía se había podido esforgar y limpiar las tierras de malas hierbas, crecidas por el abandono hasta entonces. Las vides nuevamente saneadas habían crecido fuertes gracias a un verano soleado y tranquilo y se habían podido recoger de los condados limítrofes toneladas de uva dulce, que ya se fermentaba bajo las inmejorables condiciones ambientales de Khronia, cuyo constante frescor ayudaba a los vinateros a controlar la temperatura de los toneles para que no se evaporasen sus olores y sabores. Cualquier tabernero de Khronia diría que no conocía criatura que no hubiera visto beber vino y es que los orcos, los trolls, los esquivos trasgos e incluso seres inferiores lo bebían, dejando enturbiar sus cerebros en aquellos días.



La taberna de Avito se había quedado pequeña para contener a tanto sediento que se acercaba a probar su vino. A los nobles de la capital, que ese día se acercaban hasta las zonas más bajas de la ciudad solo para probar su milagroso vino, les había acomodado en la planta de arriba de su taberna, desalojando estancias de su propia casa para tener más hueco; a los generales y capitanes les había dejado espacio en la planta baja correspondiente al espacio original y al resto de la población los atendía en un gran corral del que había quitado a sus animales y sacado decenas de barriles que decenas de mozos y mozas servían, mientras llenaban de monedas sus bolsones ocultos tras sus casacas.

Reo estaba sentado en una pequeña mesa redonda, prevista para cuatro personas, pero utilizada en aquel momento por

siete. A pesar de estar en una zona privilegiada dentro de la taberna y rodeado de dos hermosas mujeres cuyas mejillas encendidas indicaban que el vino estaba haciendo su efecto, la sensación de verse atrapado entre tanta gente comenzó a causarle una mala sensación. El griterío comenzó a ensordecere los oídos, acostumbrado como estaba a pasar largas horas e incluso días en el más completo silencio para no ser detectado. El contacto continuo con la gente comenzó a irritarle, habituado ya al espacio y a la soledad en la naturaleza y, a pesar de que sus compañeros de mesa reían mientras contaban historias de la guerra, él se giró para mirar por los grandes ventanales y evadirse de aquel asfixiante ambiente.

La calle a la que daban los ventanales aparecía también llena de gente. Muchos de ellos iban a la taberna y sus caras de angustia por no quedarse sin vino los delataba, otros caminaban zigzagueantes e inclinados hacia delante, buscando apoyo en las paredes o en el resto de la gente, sin que pudieran ocultar su evidente procedencia. Muchos simplemente estaban allí, dando buena cuenta de sus botas de vino recién rellenas con el proclamado mejor tabernero del invierno, cuyo barril había aguantado más de cuatrocientos metros rodando por una pendiente hasta que se hubo detenido sin que se le escapase ni una sola gota. Vino que según se jactaba el dueño, emborracharía hasta a un dragón. Pero por la calle también había alguna persona que, con poco éxito, trataba de llegar a su destino, debiendo evitar los numerosos grupos de personas y esquivar a los numerosos grupos de ebrios que transitaban sin rumbo. Reo se quedó mirando a una ágil figura cubierta por una parada capa, que recorría la calle desde abajo, saltando por encima a las personas caídas en el suelo y sorteando con sutil gracia a los grupos. Justo al llegar frente a su ventanal un ebrio viejo desdentado se abalanzó sobre la figura.

—¡Eh! ¿Dónde vas tan deprisa? —preguntó el viejo con ánimo festivo.

La figura se zafó de él evitando que se le echase encima y el viejo sin encontrar el apoyo que necesitaba, cayó de bruces al suelo a los pies del ventanal.

El golpe del viejo resonó por la calle haciendo que los grupos de alrededor lo miraran y se rieran.

La figura trató de seguir avanzando pero se encontró ante ella un nuevo grupo de gente que salía de la taberna en dirección a sus casas, impidiéndole su avance.

El viejo ebrio se levantó con la cara ensangrentada. En su dañada cabeza debió de pensar que le habían atacado y tras levantarse torpemente, miró a su alrededor hasta que encontró a la figura con la capa parda a escasos metros de él. En esos momentos sacó de su cinturón una fina daga que, sin pensárselo, empuñó.

Pero justo cuando había tomado la decisión de avanzar hasta su supuesto atacante oyó tras de él unos golpes secos en el cristal. El viejo se giró y vio al otro lado la figura de un soldado que con su dedo le indicaba que no lo hiciera. En ese mismo momento una persona de la calle dio la alarma, avisando a la multitud de que el viejo sostenía una daga en su mano. La figura se dio rápidamente la vuelta y observó al viejo cuyo cuerpo estaba orientado hacia ella, a pesar de tener el torso y la cabeza girados hacia atrás. En su mano diestra sostenía el arma. Sin pensárselo dos veces, la figura se acercó al viejo y le asestó un fuerte puñetazo, o lo que pareció serlo, pues Reo pudo ver cómo, aunque pareció golpearle, tan solo le apoyó la mano sobre el hombro y el viejo cayó inmediatamente inconsciente. Reo quedó sorprendido por lo que acababa de ver y no pudo apartar los ojos de aquella extraña figura quien, tras asegurarse de quitarle la daga, levantó la cabeza hacia él.

Reo pudo contemplar en ese momento que, bajo la capucha que ocultaba su rostro, se hallaba una preciosa mujer de claros ojos azules, rasgos afilados y fina piel, que girándose rápidamente, desapareció de su vista escabulléndose nuevamente entre la gente.

El joven quedó mirando a través del ventanal, mientras varias personas se acercaban al viejo, asombrándose por el tremendo puñetazo que debía haberle asestado para dejarlo así.

—¡Tabernerero!, ¡traíganos un barril entero para nosotros que ya nos encargaremos de dar buena cuenta de él! —gritó un nuevo cliente desde la puerta.

Un nuevo grupo de soldados entraba en la ya de por sí abarrotada taberna tratando de hacerse rápidamente hueco.

—¡Esperemos que tu vino sea mejor que esta pocilga! —gritó jocoso otro de los recién llegados.

El grupo de soldados quedó al lado de dos trolls que compartían mesa con tres orcos con los que departían, mientras bebían tranquilos.

—¿Quién ha dejado entrar a esta escoria? —preguntó uno de los soldados.

Los dos trolls dejaron sus copas de cobre en la mesa, mientras que los orcos lanzaron una fugaz mirada al grupo.

Uno de los soldados golpeó el canto de la mesa con su puño.

—¡Levantaros! Ya habéis bebido suficiente —les ordenó uno de los soldados.

Los cinco se levantaron de sus bancos. Dos de los orcos que habían sido degradados de su rango de capitán desde el ataque de los rebeldes a Khronia clavaron sus pupilas en los soldados que les incitaban a irse, entre los que se encontraba un capitán. A pesar de que los rebeldes ya no asediaban Khronia y la guerra se había desplazado lejos, su odio hacia ellos por parte de los

humanos no había decrecido ni un ápice. Los trolls comenzaron a abrirse camino entre los humanos apartándolos con sus largos brazos sin haber abierto la boca, pero los orcos dejaban escapar ligeros gruñidos. No contentos con la velocidad con la que se iban, uno de los soldados empujó a uno de los antiguos capitanes.

—¡Más deprisa! —les instó mientras le empujaba por la espalda.

El orco se giró rápidamente y asestó un fuerte puñetazo en la cara al soldado, iniciando así una rápida pelea en la que las copas de vino volaron por encima de los presentes.

Reo se dio la vuelta en el mismo instante en que uno de los orcos empujaba a uno de los soldados contra él y con un salto esquivó la embestida que acabó con la rotura de su mesa. Por instinto, Reo sacó su espada y tras un par de rápidos giros quedó frente a los dos combatientes apuntándoles con ella, dispuesto a terminar con los dos de un solo golpe. Ambos quedaron mirándole mientras el resto del grupo se calmaba. La gente se apretujaba en los laterales de la sala, tratando de apartarse de Reo.

—¿Eres nuevo aquí? —le preguntó alguien desde su espalda, mientras Reo notaba cómo el frío filo de una espada rozaba su cuello.

—Está prohibido por ley sacar las armas en una taberna —continuó la voz.

Sin pensárselo dos veces Reo se giró hacia el lado contrario, agachándose mientras soltaba un fuerte golpe con su espada al arma que le apuntaba. Su contrincante de negra armadura saltó hacia atrás recomponiéndose rápidamente del bloqueo recibido y volvió a saltar sobre Reo utilizando su segunda arma.



El golpe seco de los metales recorrió la taberna silenciándola de las ruidosas conversaciones que antes la llenaban. Las mujeres contuvieron la respiración. Reo bloqueaba una espada de su oponente mientras la punta de su arma rozaba la garganta del caballero negro al que atacaba, habiendo quedado al mismo tiempo expuesto al filo de la segunda arma que amenazaba con atravesarle el corazón.

En ese momento ambos se miraron a los ojos y con gran sorpresa arquearon sus cejas abriendo mucho los ojos.

—¿Hermano?